

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA se publica los días 15 y último de cada mes.

Se remite á la Isla franca de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

S. Sebastian-75.

PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.

12 rs. ctes. por trimestre adelantado.

Solo se admite suscripcion por trimtre.

VARIEDADES.

Don Diego V. Tejera, jóven cubano estudiante en Barcelona, con cuya amistad nos honramos, acaba de favorecernos con un ejemplar de sus "Ensayos Poéticos", libro que bajo el modesto título de "Consonancias" las contiene muy bellas.

Variado en los asuntos y géneros el interesante tomito á que nos referimos, si en unas composiciones se muestra el vigor poético y el instinto filosófico, en otras no se quedan atras la delicadeza en los sentimientos ni la gracia en la expresion. Las "Consonancias" son, pues, la síntesis de un alma pensadora y poética en lo presente y una bella esperanza para lo porvenir: son la primavera de una vida en que habrá flores y lágrimas, láuros y amarguras: son la aurora de un poeta.

El día, correspondiendo á tan hermosa aurora, brillará con los esplendores que nos promete; y deselo Dios con las menos nubes posibles, así como á nosotros vida sobrada para admirarle.

La Azucena, nunca insensible ante sus compañeras, no dejará de ornarse con algunas de estas flores.

Nuestro amigo Don Felipe Gutierrez, maestro de Capilla, se ocupa en los ensayos de una misa que destina al día de la Ascension.

Rica en efectos armónicos, esta nueva produccion, como las demás á que en estos últimos tiempos ha consagrado su infatigable musa, caracteriza su segunda manera, en la que apartándose de la escuela melódica pura, adopta el eclecticismo mas en consonancia con las exigencias de nuestros días.

A propósito de estas indicaciones, sabemos que la orquesta de Capilla se presta á tocar en funciones de iglesia particulares, como honras, &c., y sirva esto de anuncio para los que quieran utilizar este conjunto de buenos artistas, hábilmente dirigido.

Cierto eminente estadístico escocés, el Dr. Stark, sostenía que el término medio de defunciones era mucho mayor en los hombres solteros que en los casados ó viudos.

Este buen señor, despues de estudiar dos años los registros confiados á su cargo, dedujo que de 100,000 personas casadas ó viudas, desde 20 á 25 años de edad, morían sobre 626; al paso que de solteros de la misma edad se llevaba la parca la friolera de 1,231; ó lo que es lo mismo que el celibato es mas perjudicial á la vida que las mas nocivas profesiones ó la residencia en distritos insalubres.

A casarse pues, caballeros; y vosotras, damas, tened presente que librais quizás de la muerte prematura á cuantos tendais el lazo para arrastrarle al altar.— A ello, pues, por caridad, niñas bonitas; pensad en que

todos esos pollos que veis á vuestras plantas ó que pasan de largo, ignoran el bien que podeis hacerles; que todos están condenados á muerte prematura, si no se refugian bajo la coyunda de himeneo. Si los solterones, se rien de esta asercion, por creerse ya libres de la quinta matrimonial; tratadles como á muertos: que no otra cosa son tal vez, si han pasado de los veinte y cinco sin entregaros la blanca ó la trigueña. Muertos hay que se creen vivos, y ya lo sabeis: el celibato mata.

LA JOVEN Y LA FLOR.

LEYENDA.

En la angosta grieta de una losa sepulcral, hendida y desmoronada por los años, y de verde musgo cubierta, brotaba una flor amarillenta y sola como una huérfana abandonada. Lástima daba el verla, porque la grieta no permitía ensancharse al tallo, y desde el tallo hasta los ramos mas apartados, lánguidos y místicos, fluía la sávia, lenta y escasamente.

Una doncella solía venir á orar sobre aquella tumba.

Tal vez la hendida losa sería para ella la postrer memoria, la última huella de la existencia de sus padres: así al menos lo indicaban sus pálidas mejillas, sus ojos apagados, su consuncion, y aquel sonrosado color que, por intervalos, solía aparecer en su frente, claro indicio de que la muerte la habia escogido por suya.

Al verla sola, triste y enlutada, no pude menos de confundir en un mismo sentimiento de lástima y de ternura á la jóven y á la flor; y comencé á sospechar, de que así como á la flor le faltaba la sávia, su madre debía faltarle á la doncella.

Aparentaba ésta unos quince años, y en el último ramo casi marchito de la planta brotaba un capullo: las dos debian abrigar la esperanza de llegar á florecer un día; pero esperanza débil, que nunca, tal vez, llegaría á ser realizada.

—¿Quién regalará tus hojas con frescas auras y tu tallo con sabroso jugo? ¿Quién dará religion y amor á tu alma? les decia yo á una y á otra, pasmado de que hasta entónces hubiesen podido vivir.

Y un ave del cielo vino á posarse en la tumba, y aguzando su pico en las grietas escarbó un poco de tierra, que llevó la brisa en torno de la flor, y me pareció que las hojas se reanimaban, y que el tallo se erguia.

Y en aquel momento sentí que la jóven murmuraba, diciendo:

—¡Dios mio! Dios mio!

Dos lágrimas cayeron de sus ojos, se hincó de rodillas y durante su oracion me pareció que la sangre circulaba con mas rapidez por su pálida frente.

Redoblóse mi asombro al ver que la brisa de la Divina Providencia, que á nadie olvida en este mundo, habia inspirado á la tímida vírgen el pensamiento

grande por esencia, el pensamiento consolador, el pensamiento de Dios: y á la florecilla le habia dado un poco de tierra, que hollamos con nuestras plantas y que sin embargo encierra en su seno la sávia, la vida de todo vegetal!

Al amanecer del siguiente día torné al mismo sitio para ver si Dios enviaba siempre el aura vital de la mañana y su proteccion divina á las dos huérfanas. Ambas estaban allí.

Una gota de rocío retemblaba en la hoja mas elevada de la planta, y habia reanimado á la flor para todo un día.

Y brillaba una sonrisa en los labios de la doncella, en cuyos párpados se mecía una lágrima, una lágrima dulce, de estas que se desbordan del fondo del alma.

Imaginé que acaso la jóven habria soñado con su pobre madre, cuya sombra, descendiendo del cielo en el silencio de la noche, le infundiría valor para sobre llevar una vida tan árida, tan desabrida, donde la jóven infeliz no encontraba mas consuelo, no veía mas oasis en tan inmenso desierto que su madre en el cielo, y un sepulcro en la tierra.

Cuando yo me alejaba de aquel sitio glorificando al señor, que habia vertido su balsámico rocío sobre la flor y sobre la doncella, observé que dos niños fueron corriendo á posarse en el regazo de ésta, y que una pobre oruga se arrastraba á lo largo de las hojas de aquella.

Uno de los niños abrazó á la jóven, y le dijo:

— ¡Oh! cuanto te queremos! todos los dias pedimos á Dios por tí, porque no te has movido de la cacerera del lecho de nuestra madre cuando estaba enferma, y nos has dado pan cuando teniamos hambre!

Las mejillas de la jóven se encendieron y sentía cierta vergüenza al escuchar aquellas palabras; y eso que su frente se agitó con un estremecimiento de júbilo.

El insecto al mismo tiempo roía las hojas de la planta, y á pesar de que estaba de ellas escasamente poblada, la flor, al regalar á la oruga, se columpiaba mecida por el viento, sin duda para ocultar el bien que hacia.

Quedé absorto y conmovido, y no dudé de que la Divina Providencia, habia derramado en aquellas hijas del sepulcro la caridad modesta, gérmen del cielo, que fructifica con su gracia.

Pero no pude menos de estremecerme, viendo que la losa tenía como emparedada á la flor, trazando en torno suyo un círculo de muerte; como no pude menos de temblar al clavar mis ojos en la tierra, que muy presto debía reclamar á la jóven.

Sin embargo, las dos tenían una apariencia de vida que daba contento al corazón: subía á las mejillas de la virgen una nube de carmin, y en el verde boton de la florecilla asomaban algunos lineamentos azules.

— ¿Pero habrá una abeja que llegue á sacar la miel de tu cáliz? ¿Dónde estará tu semilla en el día de tu muerte? le pregunté á la planta, no sin derramar algunas lágrimas, que manaban del corazón.

— ¡Pobre jóven! ¿quién ha de pensar en tí, si solo apareces en medio de los sepulcros? ¿en quién se apoyará tu corazón, el día en que muestres al mundo las virtudes de tu alma? dije con lástima á la doncella.

El capullo rompió el boton de la flor, y llegó la niña á ser grande y hermosa.

Una mañana volví..... ¡Ay! la piedra apretaba el tallo, la sávia fluía inundando la losa sepulcral, y la flor, la triste flor estaba encorbada hácia la tierra, y una ligera brisa la columpiaba á su antojo.

Aquel día no logré ver á la doncella. Dos dias despues las ramas estaban secas, la flor marchita y derribada, y ví llegar un féretro en que conducian á la tierra del descanso á una jóven desdichada.

Interrogué á los sepultureros, y me dijeron que era élla. ¿Por ventura hubiera podido adivinarlo yo? ¡Nadie vino á derramar sobre la huesa un puñado de tierra, ni una cándida corona de flores! ¡Nadie vino á llorar, ni á dirigir á Dios una súplica por su eterno descanso! Como ninguna flor esparció tampoco sus perfumes, ni dobló su cáliz por despedida hácia la pobre flor, prematuramente marchita!

Largo rato permanecí en el mismo sitio affigido y traspasada de dolor el alma, contemplando tan pron-

to la nueva tumba, como la seca planta, procurando apartar de mí los presentimientos, ecos del infortunio, profetas de la tempestad, que me hablaban muy alto, porque la jóven y la flor habian muerto en un mismo dia.

Mucho tiempo despues volví á sentarme sobre la losa abandonada, distraído y esperando algun acaecimiento con vaga ansiedad. Al cabo de algun rato ví llegar un niño que venia buscando alguna cosa, y reparando en la lapida del sepulcro nuevo, exclamó:

— Esta es!

Y cayendo de hinojos, y cruzando las manos en el pecho, comenzó á sollozar.

Y una mariposa de espléndidos colores revoloteaba tambien en torno de la tumba, hasta que vino á posarse en la rama seca, sacudiendo dolorosamente sus alas.

Y el niño siempre arrodillado decía:

— Mi madre está ya restablecida y consolada por ahora; pero si torna á caer enferma ¿quién la consolará? ¿quién se sentará cabe su lecho? Si tenemos hambre, ¿quién nos dará pan, ahora que ha muerto la que nos consolaba y socorria?

Y en el mudo lenguaje de sus alas y de sus incier tos y caprichosos giros parecia decir la mariposa:

— ¿Dónde está la linda flor, que en otro tiempo me abrigaba y me nutria? ¿donde iré á depositar mi capullo, frágil esperanza de la siguiente primavera? ¿quién ha de protegerme y sustentarme, muerta ya la flor que me alimentaba y protegía?

No pude menos de reconocer al niño y á la oruga trasformada en mariposa, ni de compadecerme de entrambos que no habian encontrado á sus bienchoras en el día de su agradecimiento. ¡Ay! los presentimientos no me habian engañado, y la esperanza hufa de mi corazón.

Lloré, pero enjugué mi llanto: socagué mi pecho, calmé mi dolor, y dije al niño desamparado y á la inquieta mariposa.

Ea! consolaos!

Y me dije á mí mismo.

— ¿Por qué murmuras del destino? ¿por ventura no tiene el cielo sus flores y sus vírgenes que arrebatan de la tierra, ántes que el polvo del mundo haya empañado su frente y marchitado su cáliz? ¡Oh! bienaventuradas, bienaventuradas aquellas vírgenes y aquellas flores, que extienden sus hojas y desarrollan su hermosura al calor de los rayos del cielo y van á esparcir luego sus perfumes junto al trono del Señor.

V....

IMITACION DE BECQUER.

RIMA.

" No digais que agotado su tesoro,
" de asuños falta, enmudeció la lira.
" Podrá no haber poetas; pero siempre
" habrá poesía.....

G. A. Becquer.

Miéntas la luna con plateados rayos,
Las leves ondas, reflejando vista;
Miéntas las flores, en la tarde, tristes
Doblen la frente; y en la aurora vivan;
Miéntas hagan su nido las palomas;
Miéntas cambien las ráudas golondrinas;
Y al cielo cubra un pabellon de nubes,
Habrá poesía!

Miéntas el genio deje entre los libros,
La ciencia oculta, palpitante, escrita;
Miéntas el hombre lleve en su cerebro,
Un manantial de vida;
Miéntas haya una madre que extasiada,
Ante una blanca cuna se sonría;
Miéntas se incline ante un altar la frente,
Habrá poesía!

Miéntas vayan dos lágrimas ardientes,
Á bañar una tumba, allí escondida,

Y se mire en el triste cementerio
Coronas bellas, por el sol marchitas ;
Mientras haya una mano que amorosa,
Dé una limosna á la infeliz mendiga ;
Y en las ruinas de un templo solitario,
Á Dios se eleve una oracion sencilla ;
Mientras, el corazon espere, y crea,
Habrá poesia !

Mientras el pobre pescador, osado
Se lance al mar en la fugaz barquilla,
Á buscar en las olas encrespadas,
El sustento infeliz de su familia.....
Mientras afanoso, el campesino rudo,
La dura tierra con su arado embista,
Y recoja en los frutos, de su frente
El sudor que vertió con gran fatiga ;
Mientras el alma goce en los placeres,
Y el corazon con el dolor se oprima ;
Mientras haya en la tierra un alma bella ;
Habrá poesia !

Mientras crucen el aire en tonos dulces
Las notas fugitivas ;
Mientras haya un amor que se recuerde ;
Y un amor que se olvida ;
Mientras se diga "adios" con un sollozo,
Y se murmuré un "ven" con la sonrisa ;
Y al oír dulce de una voz amada,
El corazon inquieto nos palpita :
Mientras haya un amante que suspire ;
Habrá poesia !

Mientras se aleje el hombre sollozando
De la patria querida,
Á buscar en el mundo la esperanza
Que le alienta y anima :
Mientras ruja en los mares la tormenta,
Mientras tengan los rios claras limfas,
Mientras exista el mundo ; siempre, siempre,
Habrá poesia !

FIDELA M. DE R.

A LA PRECIOSA NIÑA C. C.

Apénas el sendero
empiezas de la vida,
y ya eres un tesoro,
cucantadora niña.
Esa belleza angélica
que en tu semblante brilla,
el aire de inocencia
de esa tu frente nítida,
tu continente aéreo
y tu infantil sonrisa,
tu cándida mirada,
las tintas que matizan
tu faz, tu cabellera,
tu talle que se cimbra,
de admiracion arrancan
un grito á quien te mira.

Si hoy que eres un capullo,
si hoy que á vivir principias,
con tus nacientes gracias
á todo el mundo hechizas,
¿ qué no será mañana,
cuando de dulces brisas
de juventud, al beso,
abras tu cáliz, niña ?

Fragante rosa entonces,
en derredor vencidas
verás las otras flores,
muriéndose de envidia.
El sol, con dulces rayos,
aumentará tus tintas ;
te halagarán las aves
con bellas melodías,
la clara fuente el sueño
te arrullará ; indecisas

las auras, en tu torno
meziéndose á porfia
verás ; fresco rocío
al comenzar tranquila
la noche, irá á prestarte
belleza y lozanía ;
las locas mariposas
á las que nada fija,
no ya serán volubles ;
que todas, á tu vista,
olvidarán su instinto
mudable, y en continua
adoracion tus galas
irán á amar rendidas ;
y en nubes de colores,
de tu beldad cautivas,
te brindarán halagos
y dulcidas caricias.....

Sembrada está de flores
la senda en que caminas ;
el bardo ruega al cielo,
que en ella, hermosa niña,
no viertas una lágrima ;
no pises ni una espina ;
que solo encuentres goces,
paz, calma, eterna dicha.....

Antonio Hernandez Perez.

HOMBRES Y DIOSSES.

DON QUIJOTE.

Las obras como los hombres cambian á veces, y con el tiempo, de fisonomía y de carácter. Admirado mucho tiempo, como una obra maestra de pura mofa, el libro de Cervantes nos conmueve hoy como un drama trágico-heróico. Cuanto mas se retira Don Quijote en lo pasado, mas grave y mas simpático se hace. En su grande y triste figura, saludamos la última aparición de la caballería.

¿ Es esta metamorfosis una ilusion de óptica ó del tiempo? Me cuesta trabajo comprenderlo. Si Don Quijote no fuera mas que una caricatura, no hubiera ahondado tanto en el afecto de la humanidad. La imaginacion humana es en el fondo triste y seria. Entre los seres ficticios, no admite en su intimidad sino á los que la conmueven ó la ennoblecen. Los bufones, cuando tienen génulo, son á menudo sus favoritos: como los reyes de la edad media, les concede plena licencia y se complace en su compañía. Mas si logran ser sus favoritos, nunca se hacen sus amigos. Mézclase cierto desdeñ á la jovialidad que inspiran: regocijan el espíritu, provocan carcajadas, pero les sigue cerrado el corazon. La desgracia imprevista que abate al viejo Falstaff no enternece á nadie: Panurgo podria ahogarse con sus carneros sin conmovernos, y la agonía de Scapin, en la comedia de Molière, podria ser real en vez de ser fingida y no entristecería un instante la alegría de sus artimañas. ¡ Don Quijote por el contrario, nos conmueve distrayéndonos; se hace respetar haciéndonos reir, y los burlones mas endurecidos compadecen secretamente sus desgracias.

Y es, que el bravo caballero de la Mancha esconde el alma de un héroe bajo la capa de un loco; que sus actos mas absurdos no son mas que desviaciones de una idea sublime. Protejer á los débiles, castigar á los malvados, enderezar los tuertos, aniquilar los crímenes, ejercer la magistratura de la espada salvadora y vengadora en todos los grandes caminos de la vida humana: tal es el programa de su empresa. Sus quimeras tienen el vuelo de las águilas; su locura se cierne sobre él con alas de Victoria. Su único error es haber nacido con tres siglos de retraso. El Misterio caballeresco ha terminado hace tiempo: los moros han vuelto á los bastidores del Africa, los gigantes han recodrado la estatura media de la especie humana; los carros tirados por dragones no son ya mas que máquinas de lienzo y de carton pintado; y él, solo ya en la escena desierta, con su panoplia desusada, se

obstina en seguir un monólogo sin réplicas, y pelea en el vacío contra fastimas. Paladín exonerado, retrato fabuloso que busca su cuadro en medio de un tiempo histórico, Don Quijote es el anacronismo viviente del Cid y de Bernardo del Carpio.

Despojad sus ilusiones de las formas extravagantes en que las envuelve, y encontrareis las mas altas virtudes. El celo del honor lo devora, la sed de la equidad turba su razon, la fiebre del entusiasmo lo hace delirar. El mundo, para ese cándido y grandioso viejo-niño, se divide en dos zonas rigidamente separadas; de una parte princesas desconsoladas, reinas cautivas, amantes perseguidos y encantados; de la otra colosos ariscos, magos pérfidos, tiranos perversos. No hay término medio, ni medida alguna: el carácter de la vida real, lo desconoce. No concibe el bien sino bajo formas sublimes ó Reales; el mal no se le presenta sino con rostros de bestias ó de monstruos. Su ideal de la justicia se cierne por encima de las instituciones y de las leyes humanas. Desconoce el alcalde, el alguacil le es extraño, la vara del corregidor le parece una caña irrisoria, y cree que la Santa Hermandad hace una baja concurrencia á la andante caballería. Su idea de un derecho espontáneo y libre, resultante de una inspiracion superior, lo hace hostil á toda magistratura establecida. Como él mismo dice, no tiene otra ley que su espada, ni otro código que su voluntad. En menos tiempo del que emplea un Kadi turco en dar una sentencia, decide de lo justo y de lo injusto, de la sinrazon y del derecho, de la culpabilidad y de la inocencia de los personajes que encuentra. Como los pájaros del cielo de los augures que, al volar á la derecha ó á la izquierda, juzgaban una causa y zanjaban una duda, los sueños felices ó siniestros que pasan por su imaginacion le hacen condenar ó perdonar á su capricho. Algunas palabras de confesion le bastan para absorber á toda una cuerda de galeotes; fraterniza con los bandidos por odio á la policia regular. El caballero de Dios abraza á los caballeros del diablo por encima de los tribunales y los jueces.

Su amor no es menos arbitrario que su heroismo. Como un escultor que de un pedrusco informe extrae una deidad, D. Quijote, por una operacion de su espíritu, saca de una macisa lugareña una belleza celestial. Su personalidad material le importa poco: á decir verdad, no está muy seguro de que ella exista, y muchas veces duda el creador de su criatura. Cuando el Duque le pregunta si Dulcinea es una dama fantástica, "en eso hay mucho que decir, responde D. Quijote; Dios sabe si hay en el mundo Dulcinea, y si es fantástica ó no fantástica. Cosas son estas señor, que no es bueno examinar á fondo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo en mi espíritu, como conviene que sea una dama, que contenga en sí todas las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo."

Mas ¿qué falta hace la vida grosera de la carne y de la sangre á ese ídolo de su alma? Como las divinidades, Dulcinea debe subsistir impalpable: la señora de su pensamiento, decaería, convirtiéndose en la esposa de su cuerpo, "Para lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso—dice tambien á Sancho,— tanto vale como la mas alta princesa de la tierra..... y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y pintola en mi imaginacion como deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni le llega Elena ni la alcanza Lucrecia ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara ó latina."

Tal es Don Quijote, el ideal encarnado, la abstraccion hecha hombre. Sobre la visera de su grosero casco está escrito este reto al mundo externo; "¿Qué hay de comun entre tú y yo?" La realidad se venga de su desprecio con crueles represalias: hace tropezar en los obstáculos mas viles sus ímpetus mas arrogantes; convierte en polvo sus mas bellas alucinaciones: todos sus sueños abortan; todas sus visiones se afean y desfiguran. Toma una sórdida venta por un palacio magnífico, y á la asquerosa Maritornes por una sultana relumbrante. Todas sus hazañas terminan en cascabeladas; conquista una bacía de barbero; provoca molinos de viento; decapita odres; destroza títeres; derrota á frailes y monaguillos. El peligro, cuando es serio, no le hace caso: los leones cuya jaula abre, le vuelven desdeñosamente la espalda; el río

en que se arroja, escupe sobre él y lo rechaza á la ribera: los toros lo pisotean sin tocarlo con sus cuernos. "¡Vé á hacerte acuchillar á otra parte,!" parece que le dicen todos los seres y las cosas que provoca. La fatalidad replica á sus lanzadas con bastonazos: busca emirces y encuentra arrieros; las chinitarras árabes que ve brillar, se quiebran sobre su cabeza á cogotazos; busca heridas y recibe golpes: Siempre molido, nunca descuartizado; consagrado á las bizmas, le están prohibidas las hilas. Esto no basta: sombrando beneficios insensatos, recoge una merecida ingratitud. Las falsas víctimas á quienes se sacrifica, se vuelven contra él con irritado rostro. El muchacho á quien libra de los azotes de su amo, lo abruma á injurias; los galeotes cuya cadena acaba de romper, lo ahuyentan á pedradas; viola un funeral, creyendo salvar un cautivo. Solo durante una hora se mantea á Sancho; de un punto al otro de su cruzada, don Quijote salta detrás de lo sublime y cae de plano sobre lo ridículo.

Y no obstante, el caballero de la Mancha permanece noble y grande en medio de las decepciones que lo abruman: acribillado á ridiculeces, es invulnerable al desprecio. Todo miente á su rededor, excepto su ánimo. Si sus aventuras son apócrifas, su intrepidez es real: si el peligro lo chasquea, no es culpa suya. Hubieran sido gigantes los molinos y ejército pagano el rebaño de carneros, no por eso hubiera él dejado de caer sobre ellos, lanza en ristre. Báñase en la sangre de los odres, con el heroico furor de un adalid del *Romancero*; cae en el piso de un desvan tan grandiosamente como caería en un campo de batalla. Cuando en el momento de echarse en el chis-chas de lanzas que ha creído oír, se encuentra delante de los mazos del batan, Sancho suelta una carcajada; pero don Quijote, pegándole con su lanza, "Venid acá, señor alegre.—dice— ¿parcéos á vos que si como estos fueron mazos de batan fueran otra peligrosa aventura, no habria yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado, á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sonos y saber cuales son de batanes ó no?"

Por lo demás, su locura no es mas que una monomanía: una sola hendidura, heroica como la muesca de una espada, cala su cerebro. Fuera de su idea fija, don Quijote es el mas sábio y el mas elocuente de los hombres. ¿Qué superior razon y qué grandeza de alma en los consejos que da á Sancho para el gobierno de su insula! ¿Qué exquisito criterio en sus disertaciones literarias! Podria enseñar á los mas sutiles humanistas de Madrid y Salamanca. Su discurso sobre las armas y las letras recuerda aquel "discurso armado," *sermo galeatus*, de que habla San Gerónimo. Platica del amor con la sutileza ingeniosa de un trovador provenzal. Su cortesania es incomparable: ese hidalgo de gotera, degradado por la malicia de la suerte al nivel de pastores y de arrieros, sería digno de arengar á reyes y de galantear á infantas. Hay grandilocuencia en su lenguaje, su palabra es un perpetuo *sursum corda*. Algunas de sus exhortaciones á Sancho resuenan como la llamada de un clarín guerrero: algunos de sus saludos á un huésped respiran el noble énfasis de la hospitalidad oriental. Cuando recibe al Oidor en los umbrales de la venta, cualquiera creeria que es un califa abriendo á un príncipe las puertas de su alcázar. El lenguaje que usa con la duquesa mezcla á las hipérbolas de la poesia árabe los exquisitos refinamientos de la galantería. Su urbanidad no se desmiente ni aun con los rústicos y las fregonas con que trata: toca sin mancharse sus andrajos y sus trivialidades. Desde que entra en ellos, toman cierto aire de corte los tugurios. Se sienta en las mesas inmundas que se le disponen, tan magestuosamente como ocuparia su sitio en la *Tabla-redonda*. Llama "Vuestra Gracia" á un capitán de bandoleros, y "alta y hermosísima señora" á Maritornes. Todas las mujeres son iguales ante su respeto; todos los hombres son iguales ante su bondad. Ese caballero loco, es un cumplido caballero.

No de un solo golpe llegó Cervantes á la perfeccion de semejante tipo. Siéntese que lo concibió en una carcajada y que lo terminó con una sonrisa lastimera. En la primera parte del libro, el poeta maltrata cruelmente á su héroe; le arrastra en pendencias innobles; le impone indignos tratamientos. Si nunca altera su pureza moral, lo mancha físicamente. Dau deseos de desgarrar la página en que don Quijote y

Sancho vomitan uno sobre otro el antídoto infecto que acaban de tomar: el libro queda salpicado de él. Pero muy pronto el artista se prendó de la creación, y la depuró y la perfeccionó en todos sentidos. Cuanto mas adelante en su romántica campaña, mas crece Don Quijote en honor, en magnanimidad y en justicia. Borránse por grados los rasgos burlescos que atormentan su nobilísimo perfil: sus intervalos lúcidos se aproximan: días enteros pasan sin accesos. En esos momentos os parecería ver á Alfonso el Sabio recorriendo la tierra de Castilla, para reformar las leyes y pronunciar sentencias.

El mismo Sancho se desbasta á fuerza de arrastrar detrás de Don Quijote sus cortas piernas y su abultada panza. Como la arcilla del poeta persa, viéndolo al lado de esa alta flor de elegancia y de caballería, concluye por impregnarse en su perfume. Su recto sentido rústico se une sin desigualdad á la idealidad de su amo, y de esta mezcla salen diálogos de una sabiduría incomparable. Desde la segunda parte del poema, decrecen visiblemente la glotonería y la grosería de Sancho; su adhesión á su amo se fortalece con los golpes y se purifica con los ayunos. Lo ama por su misma locura cuya grandeza percibe vagamente. El criado codicioso se transforma en escudero desinteresado y fiel. "Conozco,—dice él á la duquesa,— que si yo fuera discreto, días há que habia de haber dejado á mi amo; pero esta fué mi suerte y esta mi malandanza: no puedo mas; seguirle tengo: somos de un mismo lugar, he comido su pan, quíerole bien, es agradecido, díome sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadon."

La insula prometida llega al cabo, y cuando Sancho la ocupa, su educacion está hecha: la bestia se ha convertido en hombre: una partícula del alma de Don Quijote anima desde entónces su basta naturaleza: Sancho juzga como Salomon y como Horoun-al-Raschid, y la sabiduría de Oriente habla por su boca.

La simpatía creciente que inspira Don Quijote redobla la piedad que excitán los chascos que le dan. Los yangüeses que lo apalean están en su derecho, puesto que los ataca; pero los ingeniosos y los grandes señores que lo escarnecen con el único fin de divertirse, sublevar el corazon. Ese populacho vestido de seda cae por debajo del populacho andrajoso. Indigna ver al caballero encerrado en una jaula, como un animal que se enseña en la feria, por un cura pedante y un barbero chistoso. Se desprecia á ese duque y á esa duquesa hipócritas que lo atraen á su castillo para entregarlos á las risotadas de las dueñas, á las malicias de las camareras y los chistes de los lacayos. La parte mas dolorosa del libro es sin duda aquella en que Don Quijote sirve de juguete á esos aguiluchos de provincia que lo ponen en escena como un gracioso. Se recuerda á Sanson llamado ante los filisteos "para que los hiciera reir," y aplastándolos bajo las ruinas de su templo.—"Sanson dijo: ¡Muera yo con todos los filisteos! Se inclinó con fuerza: el edificio cayó sobre los príncipes y sobre todo el pueblo que allí estaba, y los que mató al morir eran mas numerosos que los que habia hecho morir durante su vida." Como la fuerza volvió, en aquel momento, al Juez de Israel, querriase que el héroe de la Mancha recobrara entónces su razon y que cayera espada en mano sobre los filisteos que lo escarnecen, como hace, con menos razon, sobre los muñecos de maese Pedro.

Por lo demás, Cervantes ha castigado á la duquesa por su conducta para con D. Quijote. Cuando ella, al caer de la tarde, montada en la blanca hacanea, con el azor en la mano, y semejante á "la misma bizzarria," se presenta en el libro, hechiza y deslumbra. Pero la indiscrecion de una dueña nos revela que esta Diana cazadora tiene dos fuentes en las piernas, y D. Quijote es vengado. ¡Qué melancólico desenlace termina la arriesgada odisea! D. Quijote ha sido vencido por el bachiller disfrazado de caballero de la Blanca Luna: para cumplir las condiciones del combate, debe volver á su aldea y renunciar á la caballería. Pero su alma se rompe con su espada: al abdicar su sueño, se despidió de la vida. "¡Adios!—podría él exclamar con el Otelo de Shakespeare,—ahora, para siempre adios á las tropas empenachadas, á las grandes guerras que hacen de la ambicion, una virtud. ¡Ah! ¡adios al corcel que relincha y á la estridente trompa! ¡Adios

á la bandera real y á toda la belleza, el orgullo, la pompa y el aparato de la guerra gloriosa! ¡Adios! la obra de D. Quijote ha terminado." Su obra, con efecto, ha terminado. Exonerado de su mision ideal, D. Quijote debe morir. Con su armadura se quita su arrogancia; se arrastra por los caminos que poco ántes recorria con la actitud de un señor de herca y cuchillo. De caballero andante, hélo convertido, como él dice, en "escudero pedestre." Ahora bien D. Quijote, desmontado de Rocinante, es un centuaro mutilado. Los puercos le pasan por encima sin irritarlo. "Dejalos estar amigo,—dice á Sancho que quiere acuchillarlos,—que esta afrenta es pena de mi pecado y justo castigo del cielo es que á un caballero andante vencido le coman adivas y le piquen avispas y le hollen puercos." La disminucion de su locura es el presagio de su fin cercano: ya no toma las ventas por castillos; ¡sintoma funesto! ¡malum signum! ¡malum signum! como dice él entre dientes, cuando al reentrar en su aldea lo hiere en el corazon este grito de un muchacho: "¡Te juro que no volverás á verla!" Así Dante, en la *Vita nuova*, ve en sueño sombras desconsoladas que pasan gritando: "¡Tu admirable dama ha salido de este siglo!" Por diferente que sea su estructura, los grandes libros, como las montañas, tienen de esos ecos que se contestan al través de los siglos. Dulcinea y Beatriz, bajo formas diversas, son hijas del mismo sueño, fantasmas del mismo ideal.

"Está bien, silencio, hijas mias," responde D. Quijote á la acojida bulliciosa que le hacen su sobrina y el ama: "Llebadme al lecho, que no me siento bien." Se duerme, y al despertarse, despierta tambien del sueño de su vida. Curado de su locura, cae en seguida mortalmente enfermo. El sonámbulo á quien despierta un sobresalto, se desliza del tejado por donde alas invisibles lo llevaban, y se estrella contra el empedrado ó contra el suelo. Así D. Quijote, precipitado desde lo alto de sus visiones al mundo real, no sobrevive á su caída. El entusiasmo era el aceite que alimentaba su cuerpo desecado: en el momento en que le falta, espira. La mofa que lo ha perseguido durante toda su vida, no lo suelta en su lecho de muerte. El cura y el bachiller quieren todavia chasquear su última hora con las visiones de la caballería: pero D. Quijote les tapa la boca con una dulce firmeza: "Déjense burlas á parte, y tráiganme un confesor que me confiese... Vamos, señores, poco á poco, pues ya en los nidos de ataño no hay pájaros ogaño: yo fui loco y ya soy cuerdo; fui D. Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno."

Y entrega su grande alma á la Razon, que le vuelve bajo las facciones severas de la Muerte, como entregaria su espada á un enemigo victorioso.

En la Grecia antigua, cada isla, cada comarca tenia un dios especial, guerrero ó rústico, agrícola ó marítimo, hecho á la imágen del país y modelado sobre el carácter de sus habitantes. Esta divinidad indígena lo llenaba con su presencia, y con su influjo. Sus estatuas surgian á cada recodo del camino, sobre cada eminencia de colina: su leyenda estaba mezclada á la historia, sus oráculos llenaban los astros, en todas partes se respiraba su aliento en el aire.

Ideal é imaginario como los dioses de la Grecia, D. Quijote como ellos, ha tomado posesion del país que lo engendró; se ha hecho el génio del lugar. Su largo espectro no abandona al viajero que recorre las dos Castillas y la Mancha. La aridez de las pardas llanuras recuerda su flacura: el áspero perfil de las rocas que enrizan el estrecho sendero de las Sierras reproduce vagamente su anguloso rostro: la España y D. Quijote parecen calcados uno sobre otro. Se espera verlo salir de cada nube de polvo, en pié sobre los estribos de su caballo trashijado: no hay un molino que, al mover sus aspas, no parezca retarlo. Por la tarde, se busca su lanza en los rincones oscuros de la posada, en donde hurafias maritornes os sirven el jamon rancio y el vino oliendo á cuero que regocijan sus sobrias comidas: se cree reconocer su estrambótico perfil en las sombras que traza en la pared el candil fumoso; y parece que, al separar las cortinas de serga del lecho destrozado á donde os condaca vuestra hospedera, vais á encontrar incorporado en la cama á D. Quijote, fija la vista, erizado el mostacho, vendado el rostro, embozado en su frazada de pliegues de mortajas, tal cual se apareció á Doña Rodriguez, ó mas

bien, tal cual reposa el campeador sobre su escaño sepucral.

“En Sant Pedro de Cardena,
está el Cid embalsamado,
el vencedor no vencido
de moros ni de cristianos.

Por mando del rey Alfonso,
en su escaño está sentado,
su noble y fuerte persona
de vestidos arreado.

Descubierto tiene el rostro
de gran gravedad dotado:
su blanca barca crecida,
como de hombre estimado.

La buena espada tizona
puesta la tiene á su lado;
no parece que está muerto
sino vivo y muy honrado”. (1)

Paul de Saint-Victor.

EL TRONCO Y LA LLAMA.

— Yo soy la hija del fuego que serpea —
le dijo al verde tronco roja llama
que ardía en la marmórea chimenea:
— ¡ Yo soy la hija del fuego que te inflama !

— Yo soy el hijo de la selva umbría —
dijo á la llama roja el tronco verde:
— ¡ El hijo de la selva que te envía
su amor, pero entre el humo que se pierde !

— Yo de oro y grana mis vestidos labro,
eclipsó las estrellas soberanas,
y los capullos de sus dedos, abro,
cuando el frio los cierra, á mis hermanas.

— Yo miré despojarme en la arboleda
de mi corona de hojas, y hoy te entrego
mi última sávia á tí, para que pueda
brotar la última flor, — ¡ la flor del fuego !

— Tronco: al dejar tu bosque de esmeralda,
bajé del viento en el movable coche,
y arrojando luceros de mi falda
yo te hice en el hogar sol de la noche.

— Llama: me diste un beso y me has quemado:
Tú subirás al cielo que matizas;
y ¡ ay ! yo que vida y corazon te he dado,
¡ me quedaré en la tierra hecho cenizas !

G. Belmonte Muller.

Madrid, Febrero 1º de 1874.

EXTRACTO DE LA DIVINA COMEDIA.

(*Continuacion.*)

Dante en su marcha por el Purgatorio se ha ido purificando de sus pecados, y cuando ya próximo al Paraíso, Virgilio se separa de él, Beatriz bajando del Cielo viene hácia Dante y dándole en cara con su adhesión á las vanas cosas terrestres, le recuerda como se extravió en su vida del camino que ella le había indicado. Hé aquí la principal y mas hermosa parte de este episodio:

Io vidi già nel cominciar del giorno
la parte oriental tutta rosata,
e l' altro ciel di bel sereno adorno;
E la faccia del sol nascere ombrata,
sí che per temperanza di vapori.
l' occhio lo sostenea lunga fiata:

(1.) Romancero general.—Romance 905.—Anónimo

Così dentro una nuvola di fiori
che dalle mani angeliche saliva
e ricadeva giù dentro e di fuori, [*]
Sovra candido vel cinta d' oliva,
donna m' aparve sotto verde manto,
vestita di color di fiamma viva.

E lo spirito mio, che già cotanto
tempo era stato ch' alla sua presenza
non era di stupor tremando affranto,

Sanza degli occhi aver piú conoscenza,
per occulta virtù che da lei mosse,
d' antico amor senti la gran potenza.

He visto á veces al comenzar el dia, la parte de oriente toda color de rosa y el resto del cielo adornado con el bello y sereno azul; la faz del sol naciente, velada por vapores que templan el esplendor del astro, permite entónces á la mirada sostenerse fija en aquél por largo tiempo.

Así, á través de una nube de flores, que de las manos angélicas salían para caer dentro y fuera (del carro místico) bajo un velo blanco, coronada de oliva, se me apareció una mujer con verde manto y vestida del color de la llama. Y mi espíritu que por tanto tiempo habia estado privado de su presencia, experimentaba vivísima emoción, aun ántes de percibirla, por la secreta virtud emanada de ella: sentí el gran poder de anti-guo amor.”

Tosto che nella vista mi percosse
l' alta virtù che già m' avea trafitto
prima ch' io fuor di puerizia fosse,
Volsimi alla sinistra, col rispetto
col quale il fantolin corre alla mamma
quando ha paura o quando egli è afflitto,
Per dicere a Virgilio: men che dramma
di sangue m' è rimasa che non tremi:
conosco i segni dell' antica fiamma.

“Tan luego como el esplendor de que fui herido fascinó mis ojos, volvíme hácia Virgilio; tal como en su temor ó aflicción, se refugia el niño en el seno materno; é iba á decirle: cada gota de mi sangre tiembla en mis venas; reconozco las señas de la antigua llama.”

Ma Virgilio n' avea lasciata scemi
di se, Virgilio dolcissimo padre,
Virgilio a cui per mia salute diemi:
Nè quantunque perdeo l' antica madre
valse alle guance, nette di rugiada,
che lagrimando non tornassero adre.

Dante, perchè Virgilio se ne vada
non piangere anco, non piangere ancora;
che pianger ti convien per altra spada:

Vidi la donna, che pria m' apparío
velata sotto l' angelica festa,
drizzar gli occhi ver me di qua dal rio;
Tutto che 'l vel che le scendea di testa
cerchiato dalla fronda di Minerva,
non la lasciasse parer manifesta;
Regalmente nell' atto ancor proterva
continuó, come colui che dice
e 'l piú caldo parlar dietro riserva:

“Pero Virgilio nos habia dejado, Virgilio mi dulcísimo padre, á quien mi protectora me habia confiado para salvarme!

Entónces á pesar de hallarme en aquel paraíso, perdido por nuestra antigua madre, mis lágrimas corrieron, y mis mejillas, que habian sido lavadas por el santo rocío, se tornaron negras.

Dante, no llores todavía, porque Virgilio se vaya; no llores aún, pues te conviene llorar por otra herida.

Ví á la mujer del velo en medio de la fiesta angélica, fijando en mí sus ojos desde la otra orilla del rio. El

[*] Dentro y fuera del carro místico.

velo bajando de su frente, coronada del follaje de Minerva, ocultaba una parte de sus facciones.

En su actitud régia y austera continuó como sigue, imitando á aquel que con arte reserva para lo último su mas caloroso hablar."

Guardami ben: ben son, ben son Beatrice: come degnasti d' accedere al monte? Non sapei tu che qui è l' nom felice?

Gli occhi mi cadder giù nel chiaro fonte; ma veggendomi in esso io trassi all' erba, tanta vergogna mi gravò la fronte.

Cosí la madre al figlio par superba, com' ella parve a me; perch'è d' amaro senti 'l sapor della pietate acerba.

Ella si tacque, egli angeli cantaro di subito: *in te Donime speravi*; ma oltre *pedes meos* non passaro.

Mírame bien: soy Beatriz! ¿Cómo te has dignado subir á este monte? No sabías que aquí el hombre es feliz?

Bajé los ojos hácia las claras ondas del río, y viéndome en ellas retratado, los torné hácia la yerba: tanta era la vergüenza que se gravó en mi frente!

Como una madre parece terrible á su hijo, así me pareció Beatriz en su acerba piedad.

¡He puesto en tí mi esperanza, ó mi Dios! moduló el coro de los ángeles, y no pasó del segundo versículo del salmo.

Sì come neve tra le vive travi per lo dosso d' Italia si congela soffiata e stretta dalli venti Schiavi: Poi liquefatta in se stessa trapela pur che la terra che perde ombra spiri, sí che par fuoco fonder la candela:

Cosí fui senza lagrime e sospiri anzi 'l cantar di que' che notan sempre dietro alle note degli eterni giri; Ma poich'è 'ntesi nelle dolci tempore lor compatire a me, piú che se detto avesser: donna, perch'è sí lo stempre?

Lo giel che m' era 'ntorno al cuor ristretto, spirito ed acqua fessi, e con angoscia per la bocca e per gli occhi uscì del petto.

"Así como la nieve, en medio de las cimas con que se eriza Italia, se congela y forma ventisqueros á impulso de los esclavonios; y licuada despues filtra y se funde á la brisa primavera como la cera á la llama; del mismo modo permanecía yo sin lágrimas ni suspiros ante los cánticos de las Inteligencias, cuyos himnos responden siempre á los de las esferas celestes.

Sus dulces armonías parecían mas compasivas de mis penas que si hubiesen cantado: "Mujer, porqué le abrumas con tus reconvenções?—Así lo comprendí al escucharlas, y el hielo petrificado al rededor de mi corazón, se trocó en ayes y lágrimas y desbordóse de mi pecho con angustia, por mi boca y por mis ojos.

Ella pur ferma in su la destra coscia del carro stando, alle sustanzie pie volse le sue parole così poscia.

Voi vigilate nell' eterno die, si che notte nè sonno a voi non fura passo che faccia 'l secol per sue vie:

Onde la mia risposta è con piú cura che m' intenda colui che di là piagne, perch'è sia colpa e duol d' una misura.

Non pur per ovra delle ruote magne che drizzan ciascun seme ad alcun fine secondo che le stelle son compagne, Ma per larghezza di grazie divine, che sí alti vapori hanno a lor piova che nostre viste là non van vicine, Questi fu tal nella sua vita nuova virtualmente, ch' ogni abito destro

fatto averebbe in lui mirabil pruova: Ma tanto piú maligno é piú silvestro si fa 'l terren col mal seme e non colto, quant' egli ha piú di buon vigor terrestre.

"Sin embargo inmóvil sobre el costado derecho del carro, ella dirigió sus palabras á las substancias piadosas:

Vosotras velais en el día inextinguible; ni el sueño ni la noche os ocultan ninguno de los pasos del siglo en su camino.

Vosotras, pues, no tendreis necesidad de un largo discurso; hablaré para ser oída del pecador que llora en la otra orilla. Que su arrepentimiento iguale su falta!

Fué generosamente dotado por la influencia de las altas esferas, dirigiendo cada gérmen hácia su fin, segun que las estrellas le acompañan. Lo fué tambien por la abundancia de las gracias divinas lloviendo sobre nosotros del manantial á que nuestra mirada no llega.

Su naturaleza, enriquecida por estos dobles favores en su vida juvenil, habría producido admirables efectos; pero, miéntras mas vigoroso es un terreno, mas ingrato y silvestre se torna por la mala semilla y la mala cultura."

Alcun tempo 'l sostenni col mio volto, mostrando gli occhi giovinetti a lui, meco 'l menava in dritta parte volto.

Sì tosto come in su la soglia fui di mia seconda etade e mutai vita, questi si tolse a me e diessi altrui.

Quando di carne a spirito era salita, e bellezza e virtù cresciuta m' era, fu' io a lui men cara e men gradita.

E volse i passi suoi per via non vera, imagini di ben seguendo false che nulla promission rendono intera:

Nè l' impetrare spirazion mi valse, con le quali ed in sogno ed altrimenti lo rivocai; sí poco a lui ne calse.

Tanto giú cadde che tutti argomenti alla salute sua eran già corti, fuor che mostrarli le perdute genti.

Per questo visitai l' uscio de' morti, ed a colui che l' ha quassú condotto li prieghi miei piangendo furon porti.

L' altro fato di Dio sarebbe rotto, se Lete si passasse e tal vivanda fosse gustata senza alcuno scotto: di pentimento che lagrime spanda.

"Por algun tiempo mis miradas de niña y mi dulce rostro le sostuvieron, y le conduje conmigo por la recta senda; pero desde que entré en mi segunda edad y pasé á nueva existencia, se apartó de mí para entregarse á otras. Cuando me elevé de carne á espíritu, y crecí en virtud como en belleza, parecíe menos preciosa y atractiva. Tropezó en el falso camino, siguiendo las mentirosas imágenes de falaces é ilusorios deleites.

LEONARDO EL COCHERO.

NOVELA EN SIETE VIAJES POR PARIS.

TERCER VIAJE.

La pupila del cochero.—La calle del Cuadrante.—Enganche de dos carruajes.

Jamás paso por el puente de Austerlitz y por sus inmediaciones; diríais que es una tontería, pero no lo puedo remediar, jamás paso por allí sin que me parezca que el lugar en que la ví está marcado en el río. Ahora tambien me parece que cuando abrió los ojos me reconoció y su último pensamiento fué recomendarme á su hija. Esto no es verosímil porque apenas

podría pensar; ella estaba casi muerta, y yo no estaba en estado de ser reconocido... Pero no importa, yo lo creo. También es verdad que quiero en extremo á esa *chiquilla*. Ahora ya no tengo amores, ya no hago farsas, ni locuras, ella me ha vuelto prudente y económico.

Ella no lo sabe, podeis imaginarlo; pero ántes iba tras de una y tras de otra porque es menester divertirse; pero hoy me divierto sin eso; voy á casa, hago bailar á Julieta sobre mis rodillas, le enseño canciones, me rio con todo lo que me dice de extravagante; despues mi madre, que solo entiende de costura y de hacer media le enseña una porcion de cosas, y juntos hacemos mil proyectos para el dia en que la casemos. ¡Hé aquí una diversion agradable y barata! y me basta; hasta he dejado de concurrir á la taberna. Nosotros, ya veis, tenemos tantas ocasiones de ir á la barbera! Cuando estamos allí nos decimos.—“En Paris pagamos el vino á diez sueldos; aquí solo cuesta seis; ganamos cuatro: mal razonamiento por cierto, porque son seis sueldos perdidos. Ahora guardo mi dinero, bebo menos, pero tenemos mejor comida en casa y además de vez en cuando voy á hacer una visitilla á la caja de ahorros. Esto me tranquiliza respecto al porvenir, y mi madre, al menos, acabará sus dias en su cama y no en el hospital.

Todo esto lo debo á Julieta. Ya veis que yo soy quien tengo que agradecerle. Cuando pienso que todo el placer que experimento hoy, es efecto de la casualidad ó mas bien de la Providencia; porque al fin si yo no hubiera pasado por los Malecones en el momento en que mi pobre catalana.... ¡Y hay gentes que dicen que no hay Dios! ¡Vamos! Á no ser cochero de simon, no es permitido decir tales cosas.

Dos ocasiones tuve de ver con diez años de intervalo á esta Julieta, á quien Leonardo amaba tanto y que debía someterle á pruebas tan duras.

Hé aquí como fué la primera vez.

Leonardo jamás atravesaba la calle de Montmartre sin volver hácia la del Cuadrante para continuar su camino, ora se dirigiese hácia el Boulevard, ora hácia el Malecon. Un dia que tomó por la última calle y que yo tenía prisa, le dije:

—¡Tomais el camino mas largo!

—Dejadme, me contestó; yo sé lo que hago.

Habiendo llegado á la mitad de la calle, tiró de la rienda al caballo y se detuvo.

—Escusadme, mi amo, me dijo dirigiéndome una mirada maliciosa; pero si me permitis voy á haceros ver algo agradable.

—Sí, con tal que no tarde mucho.

—Inmediatamente.

Púsose á silbar con fuerza una cancion antigua, y en el mismo momento aparecieron dos mujeres en una ventana del cuarto piso de la casa que teníamos enfrente. Una de edad, que con la mano hacia á Leonardo señas de inteligencia, y la otra una niña de siete á ocho años con largos cabellos negros y rizados, de una fisonomía grave y linda, segun pude ver á tan gran distancia.

—La vieja.... no pareis la atencion en ella.... es mi madre, me dijo Leonardo; pero la otra.... ¿eh? Y levantó la cabeza con tanto orgullo como un Burgrave; es ella; solo tenemos ojos y cabello.

Julieta, despues de haber enviado rápidamente algunos besos á mi guía, se retiró de la ventana, llena de confusion, habiendo observado que no era Leonardo solo quien la miraba, y nosotros continuamos nuestro camino.

Hácia esta época las relaciones establecidas entre Leonardo y yo, cesaron repentinamente y sufrieron una larga interrupcion. Desde la época del cólera le habia perdido de vista, hasta que una casualidad me lo hizo encontrar hace poco tiempo.

Acababa de ser elegido jurado del tribunal territorial y lo tarde que era ya me hacia desear llegar pronto á mi puesto, cuando un cabriolé vacío, muy elegante y limpio acertó á pasar por junto á mí. Hícele una seña y se detuvo.

Juzgad de mi admiracion cuando en el cochero reconocí á Leonardo. Este reconocimiento puede hacerme honor como fisionomista, y apenas lo soy, porque Leonardo estaba muy cambiado. Encontréle triste y abatido; no tenia ya aquel aire de franqueza y de buen humor que le distinguia ántes, y diez años trascurridos desde nuestra última entrevista, parecian ha-

ber impreso en su fisonomía los estragos de un cuarto de siglo. Sus cabellos encanecidos, sus mejillas marchitas, sus ojos apagados y los párpados azulados anunciaban la enfermedad ó los disgustos.

Echado sobre un lado del cabriolé, apenas volvió la cabeza cuando me coloqué á su lado. Le examiné con atencion largo rato para asegurarme de su identidad.

—¿Á dónde os conduzco, caballero? preguntó.

—Al palacio de Justicia.

Leonardo fijó un momento la vista en mí, sin que ni mi voz ni mi facciones pareciesen despertar en él el menor recuerdo.

—¿Leonardo, no me reconocéis? le dije.

Miróme con atencion, sonrió tristemente y sin romper el silencio me mostró con el dedo la capa que llevaba. Era todavía mi antiguo carrique, vuelto, arreglado, adornado con otro cuello, con mangas nuevas, ¿qué sé yo? pero me pareció mejor que cuando se lo regalé.

—Vamos, exclamé, encuentro que habeis medrado desde que os ví la última vez. ¿Este cabriolé es vuestro?

Contestóme con un signo de cabeza afirmativo.

—¿Vuestros negocios han prosperado? ¿Debeis acaso este carruaje á la caja de ahorros?

Por toda respuesta hizo un movimiento con los hombros, cuya significacion me fué difícil comprender.

Empecé á creer que aquel dia haria yo solo el gasto de la conversacion, cuando una sola palabra que pronuncié pareció volverle repentinamente toda su energía.

—¿Y vuestra pupila? le pregunté.

—¡Mi pupila! exclamó, enderezándose como si hubiera recibido un choque eléctrico.

—Sí, Julieta, vuestra Julieta.

Inmediatamente adviné que habia hecho vibrar en su corazon una cuerda dolorosa; su frente se arrugó, sus facciones se contrajeron y me reconvine interiormente por haber con una palabra imprudente despertado en él un dolor reciente sin duda.

—¡Espero que no la habeis perdido?

—No, me contestó, no se ha perdido..... para todos. Vive.

En aquel momento, bien fuese porque mi conversacion hubiera distraído demasiado á Leonardo, ó por cualquiera otra causa, un choque violento nos hizo casi saltar de nuestro asiento.

Un carruaje particular, una elegante media fortuna, dentro de la cual iban un jóven barbudo y una jóven muy linda, vestida con elegancia, acababa de engancharse con nuestro cabriolé. Las ruedas encajadas una con otra no podian maniobrar; el cochero de la media fortuna, que sin duda habia hecho su aprendizaje en algun simon, juró y dirigió á Leonardo un apóstrofe, al cual, éste, contra su costumbre respondió vigorosamente levantando el látigo con rabia. Me parece que se alegraba de encontrar alguno contra quien hacer recaer su mal humor.

En efecto los dos cocheros echándose bruscamente uno hácia otro estaban próximos á venir á las manos, cuando el jóven barbudo de la media fortuna sacó la cabeza repentinamente por la portezuela diciendo:

—Estéban, ¿qué haces?

—Pero, señor.....

—¡Silencio! no tienes razon, ninguna; y volviéndose hácia el antagonista de su cochero: ¡Cómo! exclamó, ¿sois vos, Mr. Leonardo? Perdonad, siento infinito lo que ha pasado.

Leonardo se habia sorprendido, y su fisonomía, que estaba pálida como la muerte, se habia vuelto color de púrpura al ver al jóven. Este que habia bajado de su carruaje estrechaba afectuosa y públicamente la mano del cochero de cabriolé entre las suyas diciendo:

—Si Estéban os ha faltado el respeto, será porque hace muy poco tiempo que está á mi servicio, Mr. Leonardo, y no os conoce.

Continuará.

Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.